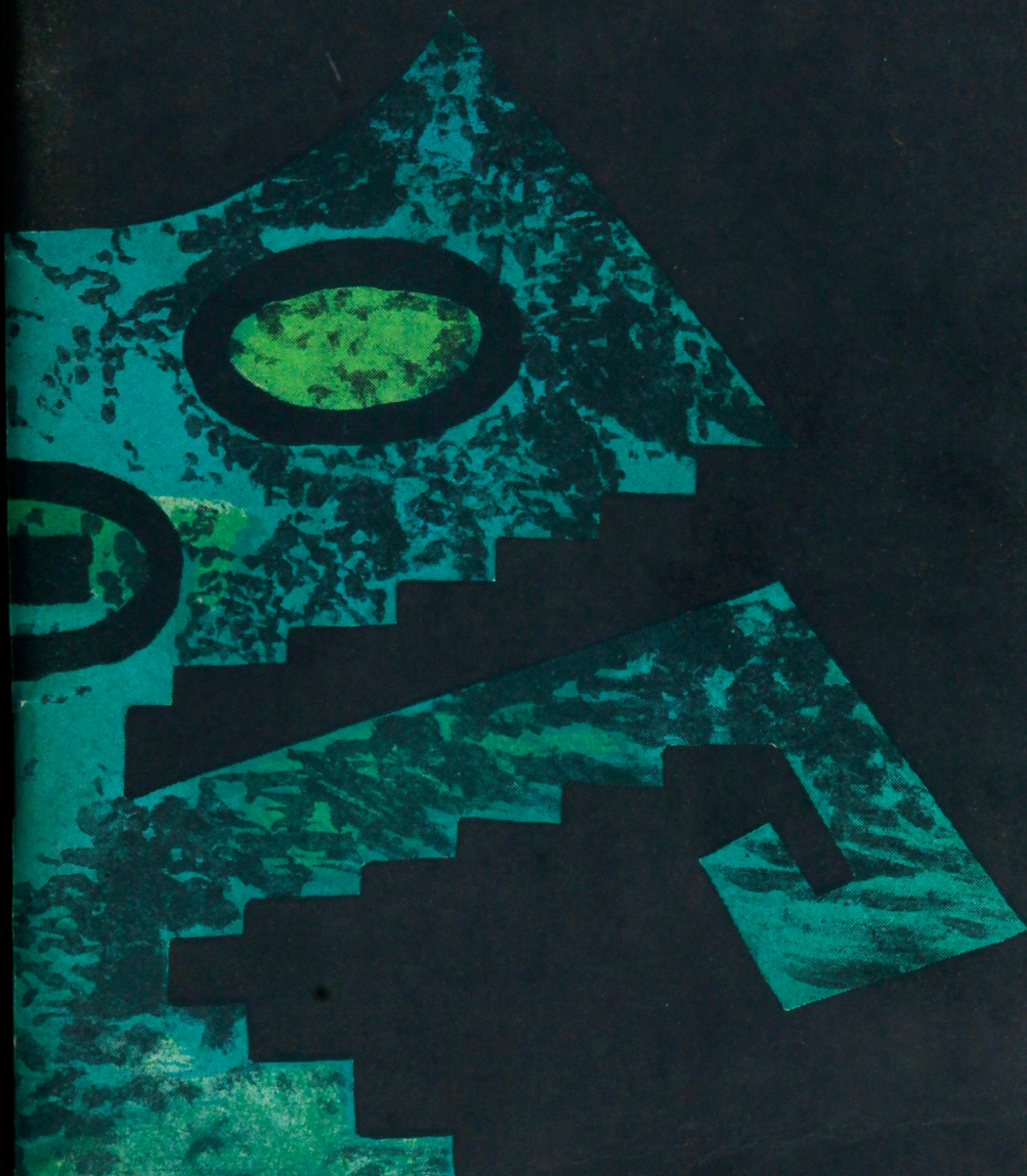


HARAVEC

a literary magazine from
peru



november 1966

1

HARAVEC

NUMBER I

NOVEMBER 1966.

Copyright 1966 - Haravec

Cover design: Daniela Cordenier

Percy Hall

Haravec is published quaterly. Prices for individual copies are US\$ 1.00 (North-America), 6/— (Britain) and 25 soles (Peru). Subscription rates for one year are US\$ 3.50 (North-America), 18/6d. (Britain) and 80 soles (Perú). Manuscripts in English and Spanish are invited and should be addressed to: RICHARD GREENWELL, THE EDITOR, HARAVEC, CASILLA 68, MIRAFLORES, LIMA, PERU. Manuscripts cannot be returned unless accompanied by an international postal coupon. Payment by arrangement.

Haravec is distributed in Peru and abroad by Librería Internacional del Perú, Casilla 1417, Lima, Perú.

NOTA DEL EDITOR

A comienzos de este año el poeta norte-americano, Clayton Eshleman, tres de cuyos poemas aparecen en este primer ejemplar, estuvo en el Perú realizando investigaciones para su traducción de los *Poemas Humanos* de Vallejo. Por la misma época varios poetas de habla inglesa residían aquí. Después que Eshleman hubo partido, supimos que otro escritor anglosajón, Donald Davie, nos visitaba este año. Por otro lado, el poeta canadiense, Earle Birney, recientemente publicó un poemario, *Near False Mouth Creek* en el cual incluye varios poemas excelentes relacionados con América del Sur. Allen Ginsberg, Lawrence Ferlinghetti y Robert Lowell también han viajado por el continente durante los últimos años. Gordon Meyer, probablemente uno de los mejores escritores ingleses de cuentos cortos, generalmente utiliza un escenario argentino o brasileño en su ficción. *Haravec* espera interesar a aquellos escritores errantes, proporcionar un medio de expresión a aquéllos residentes en el Perú, atrayendo de este modo material de todo el mundo. Deberá también proporcionar una oportunidad a aquellos poetas peruanos y de habla hispana de otras partes del continente de publicar en una revista que circule en los Estados Unidos, Gran Bretaña y América Latina.

Hasta el momento no sabemos de la existencia de otra revista de este género en América del Sur. En la ciudad de México, *El Corno Emplumado*, dirigido por Sergio Mondragón y Margaret Randall, se ha convertido en una publicación bilingüe de éxito e importancia. Esperamos que igual suerte corra *Haravec*, aunque menos ambiciosa en cuanto a su alcance y formato. Según la acogida que tenga nuestro primer ejemplar, en el futuro, pensamos abarcar más campos e incluir traducciones de los mejores trabajos que recibamos en ambas lenguas y también fotografías y reproducciones de calidad.

EDITOR'S NOTE

Earlier this year the American poet, Clayton Eshleman, three of whose poems appear in this first issue, was in Peru doing research for his translations of Vallejo's, *Poemas Humanos*. At the same time several other English-speaking poets were resident here. After he had left, we heard that Donald Davie visited Lima this year. The Canadian poet, Earle Birney, recently published a volume, *Near False Mouth Creek* which included many excellent poems relevant to South America. Allen Ginsberg, Lawrence Ferlinghetti and Robert Lowell have all visited parts of this continent during the last few years. Gordon Meyer, probably one of the best English shortstory writers, generally uses an Argentine or Brazilian setting for his fiction. *Haravec* hopes to interest such itinerant writers, to provide a vehicle for those writers resident here and to attract good material from anywhere. It should also give Peruvian and Spanish-speaking poets from other parts of the continent an opportunity to be published in a magazine circulating in the USA and Britain, as well as in Latin America.

As far as we know, there has been no such magazine in South America. In Mexico City, *El Corno Emplumado*, edited by Sergio Mondragón and Margaret Randall, is now an important and successful bilingual literary journal. We hope that *Haravec* though less ambitious in scope and format, will make a success here too. In future issues we hope to be able to expand and include translations of the best work we receive in both languages; also to publish photographs and art-work of quality. This depends on the success of the first issue.

CECILIA BUSTAMANTE

Matrimonio Civil

A las ceremonias
las gentes acudieron
vestidas de amarillo
y con sombrero negro.
En las mañanas de las ceremonias
los balcones negros
sobre el aire lanzaban sus sonrisas.

Las tías, los hermanos, los alcaldes,
todos se ponían amarillos,
áureamente matutinos y estucados.
Las blancas pantorrillas
apuntaban la presencia
de muchachas distinguidas.

Las plazas secas y lustrosas
mezclaban sus veredas
como cintas de un torneo
en los jardines — Ofrecían
pocitos de petunias
en un claro día.

Las niñas y sus madres,
sus padres y relacionados,
enseñaban los zapatos
rielando como flores raras
de raíces al revés.

Cecilia Bustamante

Tenderness

Nita tenía un arco
y con él cruzó el mundo.
Pero no es ésta una hoja
que pueda doblarse por el mango
sino una estación en principio ya
como eterna espada de Toledo.

Era un Pleyel
sin duda una pecera
en que abría sus bracitos morenos
cerrado su propio instrumento
ante el profesor sonámbulo
en la octava parte del compasillo.
Todo un líquido mundo nos separaba
con un son de marcha a la turca
paciente y desorientada
se extendía sobre las escalas
y el diente mayor: "el método, el método..."

En los antepechos la luz sonreía
y seguramente era invierno
porque era una época larga
sobre los ojitos amarillos de las cinerarias
sobre la hoja del viento quebrada en el jardín
sobre las boquitas rojas de las flores
en las que Nita siempre sonríe—
su muñeca importada y barroca
de intestinos musicales
aún duerme y trina
entre espaditas toledanas
clavadas en la alfombra, innumerables juegos,
esterillas, recuerdos sobre los que cabalga
el rey del idioma alemán: "mein Vater,
mein Vater... der König... du nicht..."

Cecilia Bustamante

Siempre detrás del espejo
me mostró su Juan Cristóbal vestido de luces,
la Galería Tate y los varios centímetros
de una reproducción, las mejillas
de la princesa elizabeth, las delgadas hojas
oscuras de los bosques
en la capital de Austria, los ánades negros
en el Cantábrico, una planta
menos olorosa que el aroma.

En sus ojos como perlas
observé un arco
con el que había cruzado el mundo.

RAQUEL JODOROWSKY

Tarjeta de Visita

Dicen que nací en Laponia, en el año relativo a una edad cambiabile. Aunque pudo haber sucedido en Tocopilla, Chimbote o Ixmiquilpan. La nacionalidad en la poesía no interesa. Mi patria es la tierra. Dentro de los próximos cien años quedarán sepultadas bajo las explosiones atómicas mis siguientes obras:

Dimensión de los días

Aposento y época

La ciudad inclemente

En la pared de los sueños alguien llama

Ensentido inverso

Alnico y Kemita

y las etcéteras que seguirán.

Estimado público, la curiosidad por la vida de los autores siempre ha sido un vicio.

Poetas venidos del Infinito
—que es un pedazo del amor del universo
con el sol—

Poetas desconocidos

pobres locos

estamos esparcidos en todos los países

desde el fondo de las cárceles

tratamos de comunicarnos

escribiendo las mismas cosas

sin conocernos

riendo y llorando

y amándonos

y dibujándonos el posible rostro

enviándonos girasoles en las cartas

estamos tratando de decir

que la esperanza existe

creyendo, defendiendo

para defendernos.

Raquel Jodorowsky

Yo sé que desde otro planeta nos están mirando
nos esperan, nos preparan para algo.

Mundo. —La pena o la vergüenza de Dios
una lágrima que rueda por su rostro
hacia el vacío.

Una gota de sudor que se evapora
en la piel del infinito.

Dentro de ti, Mundo
petrificados como ojos de pescado
no venimos ni vamos.

Estamos solamente
sosteniendo la enfermedad del universo.

Pobrecitos nosotros
encerrados de por vida en la prisión del espíritu
en la pieza negra que son los años.
¿Dónde escapar, si siempre toparemos tus paredes de aire?
Nos haces creer que somos libres
dentro de tu anillo, Mundo
casado con el misterio.

Serpiente que se muerde la cola
En tu vientre nos llevas como gatos rabiosos
Madre Ira

Y nos sacamos los ojos los unos a los otros
porque sí, porque está oscuro.
Oh, Gran Cuidador. Oh, Comedor de hombres.
Ya no seremos ricos ni tampoco pobres.

Nada de ti nos llevaremos
cuando nos transformes en sueño
y hayas triturado nuestras risas
en tu cámara secreta de torturas subterráneas.

Ya sabemos para que nos engordas
Cómenos al fin
pero no olvides Carnívoro Saltimbanqui de los cielos
que nuestro amor puede hacerte mucho mal
nuestro amor de exploradores
que un día descubre cómo abrirte un poro

Raquel Jodorowsky

que nos haga saltar al Universo
aunque sólo sea para ver
tu pequeñez
girando en el espacio.

Estuve en una reunión de poetas que ladran
y los Angeles descendieron de cansancio.

¡No es de nosotros la poesía!

Deben haber tierras en el cielo
desde donde descienden
los poetas al mundo.
Átomos desintegrados de un misterio
¿Quién les dió un golpe en el cuello
y les tiró cabeza abajo?

Alguna parte del espacio
nos llega en el interior de sus libros.

Un Dios ciego nos está mirando.

El no puede escribir.
Entonces nos dicta los poemas que soñamos
cuando estamos soñando.

¡Oh, Padre Analfabeto
Cuanta canalla salta sobre tu poesía!

La poesía sólo la dicen los niños
Esos niños secretos
acurrucados detrás de nuestras bocas.

Se ha apagado la poesía en la Verdad.
Ya nadie miente.
La verdad de este mundo
está en otro!

JULIO ORTEGA

Octubre

En el cine City Hall
Romeo, Julieta y las Tinieblas
oíamos el saxo de Fausto Papeti
en la función de noche
con poco público.
Oh tan extraño en un paraíso
artificial, a tu lado fumando
y las pausas con música de humo
oh tan extraño en mi país,
una muchacha judía de larga trenza
en un suave esquema checo,
yo fumaba a tu lado
en los cinco minutos de intermedio
y en una noche de año nuevo
bebimos vodka con toronja
y este mismo saxo nos cubría
en una cascada de tinieblas y calor
oh tan extraño en el duro paraíso.
Pausas como ruidosas anclas
y asoma su testa curiosa mi corazón
o acaso baja mi cuerpo a una rada dulce
golpeado y suntuoso
como una flota de madera y deseos.
El paraíso en un extraño
y el saxo o el humo de mi cigarro
en una noche artificial
a tu lado en otra pausa
oh tinieblas del amor
y el curso de la historia
con poco público
en un teatro desmesurado
y frío.

GONZALO ARANGO

SONATA METAFISICA
PARA QUE BAILEN LOS MUERTOS

Yo era poeta y me gustaba cantar
nunca hice nada más útil en la tierra
ni nada más inútil:
sólo cantar.

Iba los domingos a los cementerios
y cuando no tenía nada que hacer
que era siempre
iba en los días de semana
allí aprendí y olvidé muchas cosas:
que vivir no es importante
y que estar muerto tampoco.

Me sentaba bajo los cipreses
hiciera sol o luna
Lo más importante era yo
que por casualidad estaba vivo.

Antes de mí vivió
y vivirá mucha gente
eso no interesa.

Por eso me reconozco tanta importancia
y a veces pienso sin vanidad
que yo soy un genio
un verdadero genio tenebroso.

En los cementerios yo cantaba cosas lúgubres
sobre la muerte
y las cosas alegres
eso dependía de los muertos
• no de mí
porque los muertos me hacían cambiar
mi visión de las cosas.

Gonzalo Arango

Yo no me sentía alegre
Tampoco triste
esa era una patria diferente.

Zumbaban las moscas en torno
a las viejas putrefacciones
y luego se posaban en el papel
y defecaban alegremente
sobre mi canto.

Esas tenues defecaciones le daban a mis
himnos
un cierto sabor elegíaco
pero nada más
el sol ventana matinal
bajaba hasta las hojas de mis cantos
quemando la impureza.

La poesía quedaba en el centro incorruptible
de su voz espantosa.
Yo seguía cantando...
los instantes de la reflexión me cansaban
por las bellas inútiles ideas de la muerte.

En los intervalos de la poesía
orinaba sobre los pinos
aprovechando los entierros.

El enterrador se enojaba conmigo
porque yo orinaba en sus pinos
sobre cuya verdura y laxitud
tenía extrañas teorías.

Gonzalo Arango

Cuando relucía su cólera
me invitaba a que hiciera esa cochinada
en la letrina
donde él la hacía
pero yo supuse con razones incontrovertibles
a su lógica
que los muertos de noche
harían lo mismo que el enterrador
y me asqueaba ser como los muertos:
yo los admiraba de lejos
y los quería por no ser como yo
meando como los hombres verdaderos
sobre los pinos verdaderos.
Cuando me aburría
fumaba las hojas de eucaliptus
que recogía del lado de las tumbas
y las metía en mi pipa calcinada
de viejos fuegos y otras adoraciones.
Yo producía oleadas de humo
que se confundían en lo alto
con los rezos y las inmundicias.
Otras veces me deslizaba en el sueño
Entonces los muertos se aburrían sin mí
nostálgicos de existencia
y lo que hacían era enviar a sus moscas
tutelares
para despertarme y no cesara de cantar
los muertos sabían que sin mi canto
estaban perdidos
yo les traía el verdor del campo
la celeste quietud
y el suave olor de las lilas.
Mi presencia no era un consuelo
sino una defensa contra el olvido
su seguridad en el estar aquí
y yo les hacía el homenaje de mi ser
de mi saberme ser.

Gonzalo Arango

En las plazas y calles de los hombres
yo sufría el gusto irresistible de la soledad
 por un momento está bien
 por un día
 por media vida
 pero no para siempre.
Muchos años pasé entre ellos
sin más oficio que estar allí
como un vagabundo detenido
 en el sitio de su sueño.
La paz inmensa me invadía.
Una vez necesité cambiar
buscar una nueva dimensión del cielo
 y de las distancias.
 Prometí no volver.
Pero de regreso a nuevas adoraciones
encontré a la Monja que salía del cine
 y la quería hacer el amor.
Como no había más sitio para la castidad
 de los dos
la llevé al cementerio y allí nos amamos
 entre el zumbido de las moscas
 y el rumor cómplice de los muertos.
Estos se despertaron con el sonido del amor
y salieron de sus tumbas a gozar en nosotros
recuerdos inmemoriales
y bailaron en torno a nuestros cuerpos
 desnudos y vertiginosos
imitando nuestros movimientos brutales. ●
Yo no tuve vergüenza esta vez por los muertos
 que carecían de conciencia
por eso bailaban y eran tan felices.
 De una manera nueva
 los muertos estaban en el mundo.

EDUARDO ESCOBAR

Canción de un Insecto

Una luz débil de tísico farol espectral
mientras huyo de la humedad de la calle.
Sobre la tierra que se derrama
sigue la luz farol hacia el mar.
No soy lechuza. Ni ladrón.
Ni corazón de buey.
Ni silencio de las conchas que lleva el mar.
Del viento cae,
ansiosa de aplastarse contra la tierra
la canción de un insecto.
Primera canción,
Y desde una playa,
en una palma
otro insecto oye el canto.
Yo, temeroso,
veo la luz en el vacío.
Terror y temblor.
Y la rodilla del verano,
arqueada sobre la multitud,
rosada,
como la lengua luminosa
que muestra un niño
para ahuyentar a los extraños.

Eduardo Escobar

El Fin del Mundo

Hoy soy feliz:

el sol se está apagando sobre el mundo.

Todo va a terminar

La muerte es amarilla sobre el río.

El universo será un puñado de sal para el mar.

La luz se transformará en jabón para la cara.

Los automóviles dormirán en las esquinas

y esperarán convertirse en garzas.

Yo,

Esperaré la invasión de las garzas

que vendrán a fabricar sus nidos

en el corazón de los semáforos.

La ciudad de cemento será una caja de cartón

sola y empolvada

inmóvil

terminando en todas las calles,

Adquiriendo la hediondez que se acumula en mis bolsillos.

Pero yo soy feliz

irremediablemente

mientras la luz es vieja.

J. MARIO

Carretera Panamericana

entre la sabiduría de la naranja abierta
se debatían los peces
como corbatas de la estación final
reclamaban un switch para encenderse
en el comedor
de la manzarda
las palabras cesaron de desnudarse ante la luna
y el cielo se disolvió
en un plato
un ángel destornilló la calle para que pasaran
los boy-scout camino del cuartel
calle limpia en mente de depravado
elevación de pensamiento en una mañana polar
burgomaestre haciendo visajes a las constelaciones de pri-
[mavera
cartón con letras a la derecha
km. 153 a mano izquierda del automóvil
19 litros de vino blanco
se consumieron en una sed blanca
así fue todo
hasta que cabalgó la monotonía
sobre un espolín de cadmio derretido
un invitado dejó la luna en el garaje
que no vuelva a desaparecer la música
por el oído del auditorio
para que el ruiseñor
no tenga necesidad de ser fusilado
en el alambre.

J. Mario

Dumbo ejecuta una Pirueta

Los vigilantes se levantaron
temprano
de sus ocupaciones
barrieron
se lavaron los dientes
y se enjabonaron
hasta el alma
echaron una mirada retrospectiva
a cada una
de
sus existencias
estaban muertos
como en aquel otoño desastroso de 1914
uno de ellos mordió la mañana
en la nalga
como si fuera una manzana
otro se llevó la mirada al subconsciente
y se puso a escribir
lo que ya estaba escrito en la Escritura
todos estaban muertos en ese invierno de 1930
tenían ideas fantásticas sobre la metamorfosis del hombre.
sobre el parto de las murallas
sobre la cantidad de iodo que contiene un violín
sobre el peso del aire
pero todos estaban definitivamente muertos
en aquel terrible verano de 1960
hasta que alguien dijo
hay que abrir las murallas para que se fugue
la mañana.

CLAYTON ESHLEMAN

(near Cieneguilla)

Rocks crumbling dirt
Dirt reFusing
 A fuming shard
A shoe
 broken hard Rots
as I rot it apart a tunic

I can still see those I came with
from rockpile to rockpile hoping

Count on nothing

Stele

Night, of a sudden to be at
green metal door, window-ledge,
woman, down 3 stories playground
spilled red, the wall, a stove a
chest, children sleeping, hair
black yours, hands mine, at
neck its time to move with all my ax
My neck muscles hard as sink pipes
You whirl as I work yours Not yet!
The poem's now
Pressing into bed Japan Peru
Incan walls the sun's filed to shoulders
nothing unless weighed here,
Shards, rubble, taking off my shoes,

Clayton Eshleman

The Hill

(Cieneguilla)

I rise & walk to the doorway
Morning sun comes over the hill
There is no glory to die from
or other to live for
Rain falls once
Kachkaniraqmi!
In spite of everything, I still am, I still exist with
all the possibilities of my reintegration & growth.

New York City, 1966

RICHARD GREENWELL

Oranges and Lemons

The sky was so blue
and it was so hot.
We sat
under the shade
of small trees.
We were tired
and thirsty.
The lemons we found
lying about us
were bitter,
and the oranges
I cut down
were bitter too.

But we sucked them dry
and smiled
and laughed.
Green lizards
scurried about
nearby
in the undergrowth.
We talked
of ourselves
and others
and wiped the bitterness
from our lips.

Richard Greenwell

San Ramón

We did not talk
of the hour
or which way to walk
or which place to stop.
Those words were in
the gleam in an eye
the nod of a head
the squeeze of an arm.

And when we stood
on the bridge,
the stars above
the jungle around
the river below,
we stared some minutes
bewildered
and walked on.
No words.

Richard Greenwell

Tea and Breakfast

As real as it was
it was provisional.
Otherwise
we might still be sitting there.
(We did return again
next morning
for breakfast.)

Thinking back
I feel it was
the fulfilment
of a prophecy.
What it was
I cannot
in words
express.
So perhaps this poem
is better ended here.

ENA HOLLIS

I came back deaf from the mountains
with a great wind roaring in my head
the world drowned out by a desolate keening

For a few days
irritated
I tried with cotton & eardrops
to melt the obstruction
shook my head
& strained across coffee tables
after repeated chit-chat
but it seemed so absurd
when I found out
what they were talking about
 & I sat back
 and listened
 to the
 Wind

Sometimes
it's like the sea
memories from childhood in a shell
or cold
 lonely
& without trees
over slopes
hard icy bitterness
or soft
through summer grass...
The world comes back then
like a blurred echo
when the wind's soft

Tonight I sit & watch my husband
& a young girl play chess
They talk a little
& move their pieces
delicately

Ena Hollis

reluctantly
 like moving fingers from a hand's clasp
 And I watch their eyes
 & wonder if it will be
 another of his big romances
 & if after she's gone
 he'll write a ream of poems
 on how they talked on a twilight beach
 & the creaminess of her slim thighs
 I have seen her thighs
 & they are slim & creamy
 but it seems just now
 a little sad & trivial
 And when our eyes meet
 we watch each other
 silently
 for some seconds...
 And the wind blows cold tonight.

My father died of cancer
 my father died
 my
 Father
 Relentlessly I buttonhole guests & friends
 —My father has died of cancer—
 & watch
 wait
 for the answer that will make it true
 —Your father is dead...
 But mostly embarrassment
 or resentment in their eyes
 They don't want to know
 They have no answer
 I feel sometimes like giggling
 or repeating like a childish chant

Ena Hollis

My father is dead
He died of cancer
He died of cancer
& I didn't know
I didn't know
that he was ill —
Maybe then
Maybe
they would say the word
just one word
that will make it true
& I can believe it

PATRICK MORGAN

Getting Ready to Leave

Taxis and windows, grey couples that walk
along dark streets. Disconsolate beacons.
A blind negro. This is our last Sunday.
Tea-advertising, two-tier buses that slip
across the lean evening like a red mist.
I feel that I'd like to go to sleep
until it's all over.

Somehow, I hate aeroplanes,
aeroplane companies, aeroplane tickets,
aeroplane officials, aeroplane omnibuses.

London sometimes, I love,
despite pub closing times and English hotels.
I love her clock chimes and her Sunday bells.
I love meeting two friends, whose gentle faces
I watch, and I even love dozing off,
in the midst of a conversation about Africa,
after a double Scotch.

O London, I know it.
In two days' time they'll take you away;
they'll take away your whispered gardens,
they'll take your bright children, your tepid fogs,
your coppers and double deckers and pissing dogs.
All the things I was used to, all the things
that had got themselves into little grooves,
that had established in my soft eyes
their particular patterns, will be gone,
all gone, washed out of my imagination,
like the colour out of a sock.

Patrick Morgan

Untidy leaf,
I shall be falling, in two days' time,
collapsing on the pavement, like a worn - out
cabbage of grief. They'll sweep me away,
being English, roll out the dustbin and keep
London tidy.

Not really grief
that I feel, just confusion.
London is a big dustbin.
Some go out and some go in.
In the darkness and the dust
love is like a light (that seeks).

In the rust
and the night's rancour, I desire
sleep only, and to get it over,
the love and the lover, London and lust
the dustbin anxiety for green gardens
and inexhaustible friendsh'p.

Night, like a foreigner,
slinks away from the snarling lights,
(yellow with lack of toothpaste).

Make haste, make haste.
Time is like a souvenir.
London, your stones are hard.
They stick in my liver.

How quickly the world turns you over
to fill up the unused space
of the universe.

How quickly
the night turns over the moons.

I shall take away with me
this month of afternoons.

Patrick Morgan

Santo Domingo

I descend upon the mountains that have walked
eastwards into the sea. We shine, gigantically,
drop into the kettle-boiling clouds. The soil
I presume, is volcanic; Shakespeare's grandfather
was making gloves, if indeed he made gloves,
and Santo Domingo here was being founded;
with its crabs crackling under the taxi tyres
and lots of little children running around,
naked, in slippery negro sheaths; the oldest
Cathedral in America, burial-place
of Christopher Columbus, whose dry cranium
and other authentic bones are exhibited
annually, on 12th. October. The jobless
gathered outside the Presidential Palace,
are ominous, and Ferdinand the Seventh
certifies the division of the island,
giving up a half of it to the pirates
(he had a French cousin); the other half
is sacked by Drake, who lay in the church drunk,
broke off the nose of Don Rodrigo de Bastida,
(he bears the scar to this day), stole a Murillo.
Outside, the mori-vivi in the sun
withdraws its green tendrils as you touch it.
Cranes are seen through the windows of the Alcazar
de Diego Colon; they haven't managed to sell
Trujillo's yacht (I cannot forgive Kim
who once had a slogan that she liked Bach).
My last thought, as I adjust my belt,
is of the concrete oranges everywhere,
put up by the Conde de Naranjo; a lamp
beside the tomb, shaped like a fish and fed
with green oil, brought to her son from Genova.

JANE RADCLIFFE

The Stranger — a sequel

Common wings pressed to him
Sorrowfully Jonathan walked with a falcon
Strapped to his wrist
And the layers of his hair/feathers
Captured the lines of the trees.
Finding a log horse he let go the falcon
And instead rode far beyond the range
Of limited wood.
Flying comets, as the dark came
Marbled the flight of day
In his one-acre world, and finding
A stream gone dry, he settled
The leaves that were dry and flew
Some with his fingers into a canopy
Fixed on invisible strings.
Forgotten smoke from his secular pipe
Broke through the holy air
And gave away his iniquity.

Alert for nuts on the loose —
Many of whom had been
Interred in the local looney-bin
By solicitous relatives
Anxious for their reconditioning; and who,
when they had collected themselves enough
To think of somewhere to go, had simply left —
The local police force,
Dedicated beyond call of duty
To keeping the city clean
Of every kind of odd thing,
Paced off with caution
The places where were sometimes found
People up to no good.

Jane Radcliffe

Night

I called you — did you know?
I believe in that sort of thing,
Not that it's true in the way of railroad tracks
But true in the way of magic
(You will know which is better).
I said: wake up look out It's the burst,
Crystalline autodafe for the end of the world!
(And that, too, is luckier than what anyone supposed.)
For there never was such an only, final night
And I was afraid to be the one who saw it.
Let me not be spared the loveliness:
I've seen it before and I can take it, whole.
But I called you—did you mind?

MATTHEW SHIPMAN

Chowder Island

Since I can remember worthwhile
the sea has always been a part of my environs.
The seasons,
window-waking mornings
were always my wide-world
seastrewn and very private.

My father and mother had bedroom windows
wide
but facing the pine-bunched dunes
and adult.

I, then, had a world apart
and mine.
Mondays, tuesdays
schooldays and all
oceantimed.
September glistening sea
retaining the last heat of summer.

And through the winter
frosty, bristling
tortuous waking-up mornings.
Breakfast sea
seen barely through the haze of Sandy Hook mist.
And eyes
too late to bed.
All my time
and today
sea-salt grains in a youthful growing-up slowly.

What day or the season is hard to recall.
Moss-bunkers shimmered off a shore
no longer dripcastle inviting and sharp.
I was captain •
Mystic bound
blubber-pots boiling awaiting first land.

Matthew Shipman

York Avenue and the East River, 1964

Singing
I see the child
and was
real
with simple things
those words
not chosen
and would or could
to change and be that child
as he now is or see again
would be.

Crying
no death
nor yet
and what.

Tomorrow a chance
a game.
With what vaulted pride
and cowards conceptualize.

Laughing,
exchanged for wit
the hatters dance.
No children's room.
Singing
Crying
Laughing.

DAVID TIPTON

Tarantulas

Outside the hut
two giant palm trees
their trunks woodscaly
greyish in moonlight.

One on each,
tarantulas, huge furry spiders
more animal than insect
large as a man's spread hand
transfixed in the beam of a torch.

They nest in these palms
settle six feet up the trunk
scarcely move unless you prod them
then sluggishly, crablike
black eyes beading
expressionless, reptilian.

What moves these creatures
like jungle starfish
greyish black fur on their legs
bodies furred & delicate
symmetrical with a kind of beauty?

One female, one male
each to its own tree
six feet apart, isolated.

Yet some nights later when we took
the torch to look
damn it, there were five
three smaller —
a child's spread hand
had appeared
one on the side of our hut.

David Tipton

This last we decided to kill
took a machete & pinned it
by the point to wood.

Pierced by steel
it scarcely moved
but squirmed lethargically
as we pressed the cutting edge
down through its body.

On the ground chopped into mud
indistinguishable from earth
shreds of it mingled with soil & grass
destroyed, nothing.

Above stars
whole constellations clear
below mosquitoes whirring in our ears.

Babes in the street

Dodging the loiterers down Camaná
glancing at the buttocky girls
I'm stopped mindtripped
by two indian kids
wrapped in a grubby poncho
sleeping on the pavement.

No one gives them a second look
we're used to babies locked
to their mothers' backs despair
grooved into grimed leathery faces
a thin hand tapping at our arm
the whining voice of women
pleading for

David Tipton

caridad caballero
urchins squatting at our feet
to clean our shoes
or minding our parked cars
while we grace the cinemas.

Someone I suppose loves these
babes-in-the-street as much as I
my daughter

I left her playing on the rug
with dolls a fluffy dog
a blue balloon a drum
her rattles my chessmen.

Someone loves these children
that I don't doubt

sympathy seems useless
yet if I were that parent
I'd long to snap
the street's indifference
burst out of my skin
& rage against the whole damned crowd.

Cajamarca

In breathless Cajamarca
we climbed the hill to reach
the grotesque concrete cross;
the torpid town with russetbrown
tiled roofs huddled below us
in the tessellated valley.

David Tipton

Indians in rust or bloodred
ponchos, wrapped against harsh sun.
harsh wind chivying and chiding
the narrow streets at night,
crouched in corners, barefoot
shuffled close to mud walls.

*Atahualpa, ambushed here,
ransomed, then condemned to burn
was kindly garotted in the square
by his Christian conquerors
a last minute baptism
placating the sombre priests.*

One afternoon insulted by four
soused and sozzled town mestizos
I could not act, did not react
to their hostility at first;
was shocked out of the lulled
calm induced by an hour's strolling
round friendly streets, doling
soles to coca-chewing beggars.

Damaged I walked the square, mood
ugly as a cocked sten. The plaza
had changed. Sweet Cajamarca
like all sierra towns its puma
claws were flexed and sharp
scarcely sheathed beneath the skin.

•

C. A. DE LOMELLINI

Los Años Perdidos

Raúl se sentó al borde del sofá de raso dorado, acomodando el plástico que se salía por los costados. En frente había una foto del tío Horacio cuando todavía no tenía bigotes, y otra, de la tía Herlinda en un vestido strapless verde. Lucía hasta bonita. La foto era muy retocada.

Tía Herlinda abrió la puerta que conducía al pasadizo y Raúl se paró para abrazarla.

"Hijito, ¡qué gusto!" El tono de voz indicaba que el gusto no era tanto, y Raúl se acordó repentinamente que todavía no había fabricado una explicación plausible por su presencia en la ciudad.

La llegada de sus primos le ahorró la necesidad de responder. Desde el comedor se oía a la chola: "Ha llegado el niño Raúl!" y todos entraron corriendo, hasta el último que Raúl había dejado guagüita. Fue entonces que se dio cuenta que a la tía la habían preñado otra vez.

"Es que tuve que salir... así nomás..." dijo Raúl por fin. "No hubo como avisarte, es asunto del banco ¿te das cuenta?" La tía le miró, asustada.

"Tengo que hacer un asunto para el banco. Tengo que hablar con un señor, mañana".

Se alegró de la ausencia de su tío. Explicarle su llegada al tío sería más complicado. Tía Herlinda le quitó un peso de encima al hablar de su marido.

"Pasarás a tomar una sopita, siquiera. Tú tío tiene una reunión en la Universidad. Seguro que no ha de volver hasta tardecito".

La tía era buena gente en el fondo. Humilde. Trabajaba como un animal y sabía callarse. Pensaba que el tío le había hecho un favor en casarse con ella.

Los primos se dedicaron al caldo cuando se dieron cuenta que Raúl no había traído ni monos ni loritos de la montaña, y su tía, después de fijarse que no había ni siquiera una canasta de fruta, le pasó su plato de caldo. Hace tiem-

C. A. de Lomellini

po que había decidido que el sobrino de Horacio era medio raro; la ausencia de la fruta le sorprendía quizás más que la llegada de Raúl en sí.

Terminada la comida, la chola comenzó a recoger los platos y Raúl miraba a su tía, indeciso, esperando una posible reacción.

“Estarás cansado después del viaje. Esos cholos deberían haberte hecho pasar a la caseta. Te veo medio mojadito. Ven, te echarás en la cama de Percy. Los chicos pueden dormir juntos hoy”.

Agotada de pronunciar una frase tan larga, se levantó lentamente, dejando a Raúl con sus cuatro primitos. El mayor tenía siete años. No sabía qué decirles.

“Ya está la cama. Te puedes echar nomás”.

Raúl siguió a su tía por el pasadizo hasta alcanzar un cuarto estrecho con tres camas en fila —como un dormitorio de colegio. La pieza era tan angosta que tuvo que trepar encima de las dos primeras camas para llegar a la última; sin embargo, a lo largo podrían caber unos tres catres más, y al paso que procreaban los tíos, los necesitarían también.

Raúl se echó de espaldas en la cama de al fondo y miraba las manchas del techo. Se acordó del paquete de cigarros en el bolsillo de su casaca, pero rechazó la idea de ir al comedor de nuevo para traerlos. Miraba el cordón de la luz, y el foco desnudo, manchado con puntitos.

“Como se cagan las moscas en los focos”.

Una gasa de polvo y telaraña forraba el cordón y relucía gris contra el verde chillón del techo y de las paredes.

¿Por qué se pintan las paredes de este verde tan feo? — Claro que a veces usan el azul también. ¿Sería que las ferreterías conseguían la pintura a un precio especial? Nunca había visto un cuarto pintado de otro color, ahora que se acordaba. De un salto apagó el foco y se echó, la cabeza hundida en la almohada. Parecía hecha de piedra. Habría que darle una explicación al tío de todas maneras. Se tapó con la frazada y botó los kecs por el pie de la cama.

¿Qué hacía ahí de a verdad?

. . .

C. A. de Lomellini

Ayer a la misma hora le acababan de pagar. Raúl salió del banco después de poner los papeles en orden. Se había lavado las manos en el baño y aplastado una cucaracha al lado del excusado.

Era bonito el anochecer en el valle —y eso que por ahí no es sino ceja de montaña. Dicen que río abajo el monte se pone tan tupido que no se puede andar sin machete. Hay chunchos por ahí y hace un calor atroz.

Aquí en el pueblo está fresquito pero hay luciérnagas y grillos, hasta en el parque de la plaza. Te sientes en la selva ya.

Miró el afiche en el Cine Colón, pero daban otra mejicana. Las películas que traían eran una porquería. Se compraría una cerveza y se metería en la cama con el nuevo 'Life'. Sería lo mejor que podría hacer.

Raúl no se aburría fácilmente. Gozaba del clima laxante y de la tranquilidad. Se detuvo un momento en la ventana de su pieza, mirando la gente que caminaba por la Calle Mayor. Se llama 'Mayor' pero menores no hay. Una sola calle de almacenes que antes era el cauce de un río que se desvió años atrás. La calle desemboca en la Plaza y has visto todo.

Un gordo se paró en la cantina de enfrente y se dirigió a la radiola y metió un sol; tardó el brazo del aparato en funcionar y lo ayudó con una patada. Comenzó a tocar un corrido tan alto, que cada palabra se oía claramente, mezclado con el rosario que estaban transmitiendo por radio en la tienda de al lado. La casera estaba chupando su cerveza mientras rezaban, como lo hacía todas las noches.

¡Qué oídos tapados deben tener esos malditos! Sus corridos y rancheras y huaynos comenzaban a fastidiar. Muy pocos vales tocaban. Puro mejicano y música serrana. Verdad que los habitantes eran todos serranos trasplantados.

Los choferes y sus ayudantes gritaban, buscando carga para la salida nocturna. Subían costales de café y de coca.

"¿Me pueden llevar en la caseta señor?"

Era una chola buena moza. El chofer la miró, sobrado.

C. A. de Lomellini

“¿Por qué te voy a llevar yo?”

“No seas malo pss.”

Raúl se sonreía. El chofer la recorría con los ojos a la chola. Dentro de una hora saldría la caravana de camiones hacia la puna y la chica necesitaría sus polleras ahí por el abra. Debe apestar, hecha un asco acá abajo con el calor.

La luz eléctrica zumbaba. Iluminaba la vereda, dejando a oscuras el medio de la calle, y en misterio completo cualquier cosa más allá de la Plaza. Entonces Raúl se dio cuenta de que llamaban desde la vereda de enfrente. Era Alberto que había salido de la cantina. Raúl se abrochó el cinturón de nuevo. Después de todo ¿por qué no iba a irse con Alberto? La película era una porquería y con todo era viernes — ¡y él era bancario!

Sacó cinco libras del sobre azul y guardó el resto de su sueldo entre, los calzoncillos limpios; si Alberto quería chupar más tendría que chancar algo por su cuenta.

Al cruzar la calle encontró a Alberto conversando con la hija del administrador del banco y con una gordita que no había visto antes —por lo menos no se había dado cuenta. La chica no era nada del otro mundo.

“Tenemos que irnos Nelly”. La gordita jalaba la manga de la chompa de la hija de Alvarez. Nelly le extendió la mano a Raúl. No era fea.

“¡Nelly ven! he visto a mi tía entrar en la botica ¡nos va a ver!”

“Chau Raúl”. Se despidió con una sonrisa. Raúl dijo “Mucho gusto”, a la gordita, muy de caballero.

Alberto se quedó, mirando las nalgas de las chicas que mecían en sus faldas ‘cuete’. Las costuras parecían a punto de descoserse con cada paso.

“No está mal la Nelly,” dijo, “un poco flaca para mi gusto, pero no puedes tener todo, ¿verdad?”

“Tiene bonita cara”, dijo Raúl. Alberto lo miró.

“Vamos maricón”, dijo, “no sé si lo eres o te haces. Te convido un trago”.

Se sentaron en el rincón más lejos de la radiola pero aún ahí el ruido era insoportable.

C. A. de Lomellini

"Estos fulanos no se lavan las orejas nunca —por eso pueden aguantar la bulla", sonrió.

Alberto pidió dos cervezas y el cholo no tardó en traer dos grandes. ¡Cómo se chupa en provincias!

"¿Qué me dices?"

"Decía que estas mierdas no se lavan las orejas y tocan la radiola tan fuerte para poder oirla". Había que gritar.

"La mierda serás tú". Alberto se metió a chupar, "¡salud!"

"Salud". "Estás simpático hoy Albertico... Primero soy maricón y ahora soy una mierda".

¡Salud! Los vasos se volvieron a levantar. Mala idea esa de venir a chupar con Alberto. Mejor se hubiera quedado en cama con su revista. Alberto no hablaba, sino miraba su vaso y chupaba. Ya habían cuatro botellas vacías y quería seguir metiéndole.

"¡Oye! Trae más por acá". Pero Raúl le enseñó su vaso lleno.

"Ná de eso. Esta noche chupamos hermanón". Su expresión no reflejaba el cariño del término. ¿Cuándo le había dicho algo a Alberto para ofenderle? Raúl terminó su vaso; se sentía más sano que al comenzar.

"Pero chupa pss." Otra botella. ¿Qué quería Alberto ahora?

"Salud". Raúl levantó su vaso también mientras Alberto lo miraba encima del borde del suyo.

"Te crees muy pendejo, verdad?"

"Hazme el favor, Alberto". Si quería trompearse que le dijera por qué.

"Te crees el vivo acá". Otra vez el mismo canto. ¿Qué mierda le había hecho? Con esos paisanos hay que pensar veinte veces antes de abrir la boca.

"No me creo nada. Estás zampado".

"Sí, te crees. Te crees un cerebro con tus libritos de mierda a la hora del almuerzo y tus palabras de maricón 'Efectivamente, señora...' y tus té con la hija del jefe. Te crees una maravilla, pero te voy a decir, conchatu..."

C. A. de Lomellini

¡Así era la cosa entonces! El té en la casa de Alvarez el domingo pasado.

"Te dije por que me invitaron. Te conté que la mujer de Alvarez es prima del con cuñado de mi tío en Mollendo, te dije que nos conocimos en casa de mi tía. Te dije que no tuve nada que ver yo en el asunto".

"Y tú me crees un cojudo, ¿no?"

"Tomamos té. Té, carajo. Y unos sanwiches, y las viejas hablaban cojudez y media". Y por qué tenía que pedirle disculpas a Alberto si había ido a un té en la casa de su jefe. En vez de aclarar el asunto sus explicaciones sólo servían para aumentar la envidia de su compañero de trabajo. Aj. ¿Qué importa?

"Mira Alberto, si la Nelly se muere por mi, no tengo la culpa si tengo jale, carajo"..

Pero Alberto no le había oído. Estaba durmiendo como un niño, con la cabeza en el hule mojado. Ahora Raúl tendría que pagar por el gusto de ser insultado. ¡Vaya! diez libras en la mano de Alberto. ¿Tanto valía el gusto de insultarlo? No cabe duda, mejor se hubiera acostado como pensaba antes.

La cantina se había llenado de clientes. Camioneros que acababan de llegar y que descargaban lechones de la puna y tomaban sus tragos de llegada; otros que tomaban sus copitas en preparación para la salida de la mañana y las curvas de la quebrada. El Ch'appo Muñiz estaba tomando con un tipo que era maestro de tercer año. No había nadie con quien daría gusto pasar un rato.

En la mesa de al lado había un viejo sentado solo con una botella de Sol de Ica. Guatón, con chaleco y cara de socio del Club de Leones. No cuajaba ahí en esa cantina. Insinuó con la mano que Raúl lo ayudara con la botella.

"Es Ud. el nuevo joven del banco, ¿verdad?" Muy cortés el viejo. Raúl se paró y estiró la mano.

"Mucho gusto, señor. Raúl Hernández". ¿Y qué más podía decir?

"Porfirio Peña, a sus órdenes. Mozo, otro vaso para el señor".

C. A. de Lomellini

"Señor, no se moleste". ¿Qué le pasaba al viejo?

"No es molestia, en absoluto, no es molestia. Ud. es del banco, ¿verdad?"

"Sí... trabajo en el banco". El viejo vació su copa y le miró sin hablar.

"Bonita la noche en la montaña", dijo Raúl para romper el silencio.

"Ah... sí. Sí... sí. Le llega a gustar la bulla. Los grillos", añadió, "hablo de la bulla de los grillos ¿comprende? —No de esas radiolas de porquería".

Raúl se rió. "Lo mismo decía yo. Le dije a Alberto que la tocan tan fuerte porque no se lavan los oídos". Señaló a Alberto que no se había movido. "Creo que se ofendió".

"¿Por qué, si es cierto? Ud. no es de acá, ¿verdad? Si no es molestia, ¿de dónde es Ud.? ¡Qué estirados somos!

"Nací en Arequipa, pero mis padres son de Apurímac. Es decir, eran de ahí. Cuando murió mi padre me mandaron al Leoncio Prado y después me sacaron y fui a vivir con mis tíos en Mollendo cuando murió mi madre. Ayudaba a mi tío. Me han tenido en todas partes..." Raúl trató de sonreír. Dicho así todo sonaba tan cojudo.

"Yo sabía que Ud. no era de acá. Le ví en el banco el otro día y le dije a Alfredo Barriga: 'Hay un nuevo gallo en la caja' le dije, 'se ve que no es de acá'."

"Vine a visitar a mis tíos en el Cuzco y resulta que un compadre de mi tío conocía al Señor Alvarez. Me dieron el puesto de frente. Tuve suerte... creo..."

"Ej.... Yo tampoco soy de acá" Extraño porque parecía típico de los viejos del lugar. "Ah —¡sé lo que está pensando! No parezco chalaco quizás, pero lo soy. Me dicen que las cosas han cambiado mucho por allá".

"Así se dice. Estuve en Lima para la feria y fuimos un día al Callao a comer mariscos. Estaba hablando con un agente viajero el otro día. Dice que están construyendo un montón de casas nuevas camino al nuevo aeropuerto".

El viejo suspiró. ¡Quién como Ud.! Hace veinticinco años que no voy por allá". Hubo un silencio que Raúl se apresuró

C. A. de Lomellini

en romper. "Es bonita la montaña de noche", dijo de nuevo, "al principio uno se aburre un poco, pero llega a gustar".

El viejo no decía por qué no había vuelto a Lima, pero no podría ser por falta de dinero. Tenía aspecto de un vecino notable. Raúl bebía lentamente y notó que la botella estaba casi vacía.

Don Porfirio se levantó repentinamente. "Vamos, hijo. Le conviño un pisco que tengo en la casa. Hay mucha bulla acá. No me vaya a negar el gusto. Perdone que insista".

Alberto descansaba tranquilo y Raúl siguió al viejo hasta su casa que quedaba al lado de la Caja de Depósitos. Un pongo les abrió la puerta principal y pasaron al otro lado del patio donde el viejo abrió una puerta de vidrios con chapa Yale. Encendió la luz.

Era una sala como cualquier otra. Como la sala de los abuelos en Andahuaylas y la sala de los tíos en el Cuzco. Hasta la sala de su tío en Jesús María era igual. Las sillas rectas y un sofá forraban las paredes y había la colección de fotos como siempre. La gorda debe ser la señora y frente a ella había un Corazón de Jesús con un foquito que se prendía en forma de cruz, y dos almanaques de calatas y uno de San Martín de ésos que regalaba la Cervecería. En el suelo había dos escupideras de loza azul y blanco, muy grandes. Ya no se encuentran así.

Raúl aceptó el vaso que le sirvió Don Porfirio, pero el ambiente no le entusiasmaba. El cuarto tenía un aire de velorio o de bautizo, —a pesar de las calatas. La gorda les miraba desde el retrato, amargada de que bebiesen en su sala de visita.

Raúl probó el pisquito y dejó la copa en el brazo del sofá, encima de un pisito de crochet planchado de tal forma que el borde se paraba en ondulaciones como una flor entreabierto. Su tía planchaba los pisitos así. Las cholas no aprendían nunca. Fue entonces que Raúl comprendió que se iba a chupar la segunda conversación de borracho de la noche. El viejo terminó su vaso como buen chalaco, se sirvió otro, y otro. Lejos de emborracharse, Raúl se puso más despierto. Los resortes del sofá, de fabricación local, le pene-

C. A. de Lomellini

traban las nalgas y tenía calambre en el pie derecho. El viejo seguía hablando de la chacra, de la cosecha, de su tienda en la esquina. Raúl miraba las caderas de la calata arrodillada; la voz de Don Porfirio cambió.

"Ud. joven ¿Que hace acá?" y no era una pregunta de borracho.

"Lo dije, señor, vine a visitar a mi tío..."

"Sí... sí... lo sé. Trabajas en el banco. Pero yo te estoy preguntando ¿qué haces acá, hijo?"

Se le cayó una lágrima. Corría por la mejilla y cayó al pisco. Otra siguió. "Por qué estás acá?" No esperaba respuesta.

"Hace veinticinco años murió mi madre. Le dije a Rosa hoy cuando tomábamos el caldo, 'Rosa', le dije (mi señora se llama Rosa), '¿te das cuenta?' le dije, hace veinticinco años hoy que murió mi madre'. 'Fíjate como pasa el tiempo,' me dijo, veinticinco años hace'.

"Llegué acá hace más de cuarenta años. Tenía tu edad. No me puedo quejar. Me ha ido bien. Vine a trabajar en la Casa Schneider. Me contrataron en Lima. Un amigo de mi padre conocía a un gringo y le pasaron el dato a mi padre y me tomaron. A los seis meses me casé con la hija de Velasco que administraba la tienda. Nadie ha tenido mujer mejor". Miró con respeto a la vieja avinagrada. "Ocho hijos. Cinco viven... ella también ha sufrido".

Golpeó la silla de repente. Raúl saltó, agarrando el vaso que resbaló encima del plástico que cubría el terciopelo de la silla.

"¿Crees que alguien sufre acá de veras? ¿Crees que los muertos saben sufrir? ¿Qué vamos ha haber sufrido mi mujer y yo? Ella ni ha sentido siquiera. Yo tampoco, no he sufrido nada. Tienes que estar vivo para poder sufrir, ¿cierto? Todos somos muertos acá. Todos... todos... Y los años aquellos, ¿a dónde se han ido? Me morí hace más de cuarenta años. También soy un muerto".

—Aj— ¿qué me importa mi mujer? ¿y mis hijos? ¿Aca-so les he visto alguna vez? Mi mujer paría y vivieron o mu-

C. A. de Lomellini

rieron y les enterramos y después nos dimos cuenta que vivían cinco, más el otro que tuve con la Esperanza que trabajaba en la tienda —¡hubieras visto el lío!— crees que me di cuenta? Ná, — y todos están tan muertos como yo... Cuarenta años... muerto...”

Raúl salió mientras el viejo miraba la pared con las fotos. Salió y comenzó a correr en todo el calor de la noche. Corrió por el camino hasta llegar a la hacienda de los Guevara. Escuchó el río que pasaba detrás del caserío. Los perros comenzaban a ladrar. Escuchó el río, se volteó y regresó, lentamente hacia la ciudad, a su cuarto. Sus cosas no llenaban la maleta de cartón a cuadros. Cuando salía con el primer camión de la madrugada vio que Alberto recién salía de la cantina, con el Ch'appo Muñiz.

En el cuarto de los primitivos la luz entraba por una ventana encima de la puerta. Iluminaba el cordón del foco donde caminaba una mosca. Raúl, de espaldas, sentía las lágrimas hirvientes que le corrían por las sienes y llenaban sus oídos. Los chicos chillaban en el comedor.

La mosca caminó hasta terminar el cordón y quedó pendiente en el aire. Raúl la miró y se dejó vencer por el sueño.

WITHOUT COMMENT

a compilation of opinions on Lima, Perú, and South America.

Once you have seen Latin America you never snigger again... it is a highly theatrical continent... with a sizzling, haunting and sometimes tragic sense of stagecraft... The impact of the place is electrifying; more power than you have imagined, more misery than you care to conceive, more fun than tired old Europe has summoned for years.' James Morris, *Encounter*, September 1965. 'The loneliness is enormous... high walls about the garden because it is dangerous outside... I found their petty nationalism wellnigh intolerable... they have failed in our (the American) dream... It is not after all a very honest continent, especially about reality; consequently it does not take kindly to honesty.' Keith Botsford, *Encounter*, September, 1965. 'The melancholy of Argentina, then, is not the melancholy of the Old World; it is a New World melancholy born of cheated utopian fantasies and ideals.' John Mander, *Encounter*, September, 1965. 'These Indians are bound to the soil, to their flocks of llamas and seem fairly happy in spite of their poverty.' Andre Maurois, *My Latin-American Diary*, 1953.

(Lima)... is surely one of the most beautiful capitals in the world — a bit of modern Riviera or California variegated with old Spanish architecture.' Thor Heyerdahl, *The Kon Tiki Expedition*, 1950. '...my first impression of Lima was one of ordinariness... Lima: the grey city. A city with an introspective population leading vigorous lives. Enthusiastically proud of the city and its history, they are fully active in its present, and exuberantly confident in its future. A city of desperate poverty, glossed over with immense riches; a developing city, capital of an under-developed, half-forgotten country.' David Wall, *Rondoy*, 1965. 'I felt that Lima would have been more pleasant to live in than any other South American capital I had visited.' Christabel Carlisle, *7 Countries of South America*, 1965. 'Lima... satisfies the soul com-

Without Comment

pletely... a mysterious enchanting town... Lima is a city of secret burning passions... —you will find there,— Stendhal would have said, — solitude made for souls who love the sonnets of Petrarch and the music of Mozart.—’ Andre Maurois, *My Latin-American Diary*, 1953.

‘...for in that country (Peru) those catastrophes which lawyers shockingly call ‘acts of God’ were more than usually frequent. Tidal waves were continually washing away cities; earthquakes arrived every week and towers fell upon good men and women all the time. Diseases were forever flitting in and out of the provinces and old age carried away some of the most admirable citizens...’ *The Bridge of San Luis Rey*, Thornton Wilder, 1939.

‘Nor is it, altogether, the remembrance of her cathedral—toppling earthquakes; nor the stampedes of her frantic sea; nor the tearlessness of arid skies that never rain; nor the sight of her wide field of leaning spires, wretched copingstones, and crosses all adroop (like canted yards of anchored fleets); and her suburban avenues of house-walls lying over upon each other as a tossed pack of cards; — it is not these things alone which make tearless Lima, the strangest, saddest city thou can’st see. For Lima has taken the white veil; and there is a higher horror in this whiteness of her woe. Old as Pizarro, this whiteness keeps her ruins forever new; admits not the cheerful greenness of complete decay; spreads over her broken ramparts the rigid pallor of apoplexy that fixes its own distortions.’ *Herman Melville, Moby Dick*, 1851. ‘...amidst the woe and desolation which Pizarro and his followers brought on the devoted land of the Incas, Lima, the beautiful City of the Kings, still survives as the most glorious work of his creation, the fairest gem on the shores of the Pacific.’ William H. Prescott, *The Conquest of Perú*, 1847.

NOTES ON CONTRIBUTORS

CECILIA BUSTAMANTE (Peru, 1932)— Premio Nacional de Poesía 1965. She is the author of 'Aqui es la Tierra' (1956), 'Altas Hojas' (1957), 'Símbolos del Corazón' (1961), 'Herencia del Amor', 'El Retorno' (1964) y 'Nuevos Poemas y Audencia' (1965). The poems that we publish here are from her as yet unpublished book with the provisional title of 'Los Ojos de Alice'. JULIO ORTEGA (Peru, 1942) has published 'De este reino' (1964) and 'Tiempo en Dos' (1966), also a book of short pieces, 'Teatro' (1965); and a book of short stories, 'Las Islas Blancas'. He works as a journalist on local newspapers. GONZALO ARANGO is the founder of the Nadaista movement in Colombia. Essayist and novelist, his most important works are: 'Sexo y Saxafon', 'Prosas para leer en la silla eléctrica', 'Poemas Nadaistas' and he also published the 'Manifiestos Nadaistas'. J. MARIO is a Colombian poet from Cali associated with the Nadaista group. His work has been published in various magazines on the continent. He is director of an art gallery. EDUARDO ESCOBAR is the youngest of the Nadaista group of Colombia. His first book of poems, 'Invención de la Uva' has put him at the forefront of his generation of young Colombian poets. CLAYTON ESHLEMAN has been widely published in journals and magazines including, *Poetry* (Chicago), *Kulchvr. El Corno emplumado*, *The Nation*, besides several collections. He recently spent eight months in Peru working on his translations of Vallejo. Now living in New York City. RICHARD GREENWELL, editor of *Haravec*, is a young English idealist. Has lived in Barcelona and New York. Now four years in Lima. Is fond of the jungle and interested in wild life. Has a pet rainbow boa named Gertrude. Is currently working on a novel. ENA HOLLIS, born Birmingham, England. Has lived, and taught English, in Buenos Aires and Lima. A selection of her poems. "The Lemon Tree & other poems", was published in 1961 (London). Married with one daughter. Is returning to England in December. PATRICK MORGAN was born in Buenos Aires in 1934. Has published poems in many magazines such as *Encounter*, *Envoi*, *Outposts*. Two selections

Notes on Contributors

of poems, 'Landfalls and Departures' and 'This Life's Eternity' were published in London in 1962. JANE RADCLIFFE—BA from Columbia University, MA from University of Michigan. Taught in American Library in Casablanca, George Washington and Georgetown Universities, and the Defence Language Institute, Washington; Fulbright Lecturer at San Marcos University, Lima, 1965. Poems published in *Columbia Forum* (NY), *Northeast* (Maine) and a reader for foreign students adapted from M. E. Sloop's 'Miracle in the Hills', NY, Berkeley Press. Now living in Boston. MATTHEW SHIPMAN was born in New York City in 1938. Has lived in Lima for three years working in the book business. He is in the process of writing a novel, which should be completed sometime next year. DAVID TIPTON is 32 years old. Has spent four and a half years in Argentina and Peru. Published poems in magazines in England and the USA. '*Poems in Transit*' — a selection, London, 1960. Poems currently appearing in *Prairie Schooner*, *Poet* (India) and *Tribune*. Is working on a book about South America at the moment. C. A. de LOMELLINI has spent an equal number of years in Europe and Peru and knows eight languages including Bradford English and Cuzco Spanish. Has translated plays for theatre groups and cultural magazines. Writes in Spanish and English. Has no projects except to continue writing.

Esta obra fue impresa en los
Talleres Gráficos de "Editorial
Jurídica" S. A. — Loreto 1736
Breña - Perú



Note —Maureen Ahern de Maurer

The Quechua word for the minstrel who sang the traditional lyric songs or *harawi*, is *harawek* (haráwêk) or jarawiq. It is recorded by Inca Garcilaso de la Vega in the Latinized version *aravicus* as meaning poet, and by Prescott as *haravec*, signifying inventor or finder. Quechua was a rich but unwritten language, and without the stabilizing influence of an alphabet considerable variation in pronunciation arose among the dialects spoken from region to region of the Inca Empire. It is also a language whose phonetic system contains a number of aspirated, glottal and explosive sounds nonexistent in Spanish. Consequently, in the years following the Conquest, each chronicler interpreted its vocabulary, spelling out the alien sounds as best he could with a Spanish alphabet inadequate for recording Quechua phonemes, creating in the process, additional confusion and errors that persist to the present.

Haravec has been chosen as the name of this magazine, not on the basis of its *linguistic* authenticity, but rather for its sonority in both English and Spanish, as well as perhaps a gesture to Prescott whose epic narrative of the Conquest has introduced many English speakers to the history of Perú

MAUREEN AHERN de MAURER is a native of New Hampshire. BA University of New Hampshire 1958; graduate fellow Universidad Nacional Autónoma de México, 1958; Fulbright Scholar, Lima, 1959-61. Bachillerato en Letras 1961, Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Doctorado en Letras, UNAM, 1961. Post-doctoral studies and teaching assistant, University of California, Berkeley, Instructor in Spanish at Arizona State University, Tempe. Published, '*Mar, Magia y Misterio en Valdelomar*', Lima, 1961. Married with 3 children. Lives on a farm in Cieneguilla, Peru.

